

---

## NUESTRO *TEMPO*

ALAN HEIBLUM

Del tiempo se ha dicho que es una mera ilusión, la imagen móvil de la eternidad, la medida del movimiento, una sustancia universal y absoluta, el orden de los sucesos, la condición de toda experiencia, la forma de la voluntad, un juego de palabras, la realidad última e irreductible, una peculiar coordenada geométrica, un accidente. A lo largo del tiempo, el tiempo ha recibido tantos nombres que un inventario resulta inútil. Y no podía ser de otra manera, formular las preguntas adecuadas y encontrar sus respuestas lleva tiempo. Heráclito equiparó al tiempo con un niño que mueve piezas en un tablero, pero si volviera a sus fragmentos otras metáforas emergerían. Quizá la gran ballena blanca. La línea del arpón enreda al cazador del tiempo. Otros destinos son igualmente faustos, no ver al monstruo es yacer en sus entrañas.

Hemos fallado en reconocer nuestra verdadera dimensión temporal. Cuando críticos no hacemos sino denuncias espaciales. Hacemos registros de las superficies deforestadas, incendiadas, contaminadas, de los volúmenes de gases liberados, de los venenos derramados. Censamos nuestros vertederos. Pero por cada huella espacial hay otra temporal que no siempre sondeamos. Un ejemplo debería bastar. Nada más lento que la deriva continental y, sin embargo, en el parpadeo de un siglo, a fuerza de puentes aéreos, urdimos una *Pangea artificial*. Somos un extraño catalizador que desencadena y estimula toda clase de procesos por improbables que sean. Así, no sólo permitimos la superposición —fatal por inarticulada— de temporalidades distintas, sino que como un director poseso aceleramos los pasajes eco-sinfónicos hasta volverlos un sonido compacto rabiosamente ejecutado por una orquesta descompuesta.

Incluso la idea del *Antropoceno* —cuyo valor no debería juzgarse por el grosor del registro estratigráfico— mantiene intocada la noción de era. Con todo, lo que el ser humano obra es un cambio en el *tempo*. Esto no significa que adelantemos o atrasemos lo que se avecina, sino que mutamos la potencia de lo posible. Por una parte, extendemos la naturaleza, por otra, restamos abundancia. Hacemos posible incluso lo que nunca debe ser actual. La fábula vuelve a ser, entonces, la del aprendiz de brujo. Transformamos de más y en menos. Al final, no hemos conseguido nuestras metas

humanas pero sí una pérdida de la biodiversidad. Menor resiliencia de los ecosistemas, desavenencia entre especies, desdibujamos las fronteras de los organismos cada vez que forzamos la prevalencia de nuestras especies domésticas. El resultado: la liberación de los patógenos. Virus arcanos brincando entre individuos, mutando, *acelerando*. El Sars-Cov-2 no vino a nosotros a punta de deforestación y agroquímicos, mercados silvestres y ganadería intensiva, fuimos por él.

Si volvemos a preguntarnos: ¿Es que vivimos en una época ilustrada? La respuesta volverá a ser: no, pero sí una época de ilustración. Otro pelotazo de una escalera a la nada, promesa que imposibilita su cumplimiento. La incapacidad humana no significaba la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. *Sapere aude* no es suficiente. El rito de paso no se consagra en el atrevimiento, sino al asumir las consecuencias. ¡Ten el valor de reparar los estragos de tu propia (sin)razón! Pensar y compensar: he aquí el nuevo lema.

La cuestión no era, entonces, sólo atrevernos a pensar por nosotros mismos, sino responsabilizarnos de ello. Parte del problema fue que tardamos mucho en llegar a una definición no tan imprecisa de nuestro ser. Cuando terminamos de entender que somos una especie entre muchas, que no estamos rodeados sino atravesados por patógenos que no son tales sino aristas profundas de la ecología evolutiva, ya éramos una excepción. No sólo nuestro impacto es inconmensurable; nuestra especie ya excede la biomasa de cualquier especie animal grande que haya existido. Literalmente —en el sentido más complejo y también en el más básico— nos hemos vuelto una plaga.

Una triste verdad es que ensalzamos ciertas metáforas para escapar de otras. Desde inicios de este año no hemos dejado de repetir *Homo homini virus*. Ello no fue para comunicar una nueva certeza sino para escapar de una realidad palpable. En las antípodas de los virus, no dependemos de un anfitrión, no dependemos de nada en concreto, nuestra abstracción sin parangón nos permite transformar todo paisaje. Compartimos la voracidad de otras plagas pero no sus restricciones.

En lugar de intentar entender el nuevo coronavirus prevaricamos con metáforas añejas que nos tienen como sujeto. Repito, *Homo homini virus* es una metáfora que demora el entendimiento de esta crisis. Afortunadamente, ahora ya comprendemos mejor dónde recapitula y dónde departe. Las epidemias se gestan, explotan y se resuelven. En su libro *Explicando epidemias* (1992), Charles Rosenberg aclaró su estructura dramática. Una anomalía en la intrincada red de relaciones biológicas sirve de prólogo. El primer acto comienza con la negación y termina con el reconocimiento. No se acepta la existencia de una epidemia sin la creación de un marco conceptual que el segundo acto despliega. Diferentes sociedades promueven y acatan diferentes medidas, esto estalla durante el tercer acto. Las

epidemias se difuminan a lo largo del cuarto acto, no terminan en seco ni con un gran *finale*, el telón que cae no es sonoro ni grandilocuente.

La actual pandemia cumple mucho de esto. El prólogo se narra con el desafortunado encuentro de un murciélago y un pangolín en un mercado —murciélagos desplazados y cerdos de granja intensiva también se han barajado. Una de las grandes diferencias de esta epidemia es que su marco no es trascendental. El Covid-19 no demuestra ni refuta la existencia de ningún dios, ni condice o desdice ninguna ley divina. Por supuesto, como en todas las epidemias pasadas, las distintas gestiones sanitarias han servido tanto para permitir críticas sociales como para adelantar nuevas fórmulas de control social. Tal vez porque prevemos que el último acto será plano y ambiguo, pesado y *piano*, buscamos desde temprano las grandes lecciones. Sin embargo, la única lección pareciera ser que ello es en vano, pues de encontrarlas las habremos de olvidar tan pronto una nueva agenda se imponga. Entre sacudidas, la desidia nos caracteriza. La negación se impone antes, durante y después.

Las fechas importantes de la historia no lo son más por su lugar en el pasado que por su constelación futura. Las fechas 1347, 1854, 1918 hablan en 2020 pero habían llamado en años anteriores. Hablará 2020 si eventos simpáticos la reviven. La presente crisis sanitaria es el resultado de un cambio de *tempo* en las interrelaciones de los organismos. Trastorno que a su vez ya ha inducido nuevos cambios de *tempo* en las sociedades. Si esto es meramente un pasaje de algunos compases o un cambio completo de movimiento tendrá que verse. Lo cierto es que el estado del arte del tratamiento de otras enfermedades ha decaído —como si hubiera vuelto al pasado; una depresión económica de grandes dimensiones está por eclosionar, escenarios acuciantes perdieron sus reflectores recién ganados, y un temible etcétera. Nunca antes una pandemia había afectado por completo al orbe y menos de manera tan expedita. Para desventura de lo simple, vivimos tiempos interesantes. El tiempo es la mudanza de lo posible.